

La Pasión de Jesucristo, germen de la Resurrección

Por Rodrigo G. LLanos Gómez

En este Viernes Santo conviene comenzar por una afirmación que nos sitúa de inmediato ante el centro de la fe cristiana: la Pasión de Jesucristo no es un episodio secundario, ni un desenlace accidental, ni una tragedia que interrumpe desde fuera su misión. Ocupa un lugar inmenso en los Evangelios porque constituye el momento culminante de su obra redentora.

La muerte del Señor no es un final imprevisto. No es uno entre varios posibles desenlaces de su vida. Es la consumación terrena de su misión. Cristo no llega a la cruz por fracaso, ni por simple acumulación de conflictos religiosos y políticos, aunque esos conflictos existan históricamente. Llega a la cruz porque allí se manifiesta, con una hondura que no podríamos imaginar por nosotros mismos, el amor con que Dios ha querido salvar al hombre.

Esto nos introduce en una verdad fundamental: la Pasión pertenece al designio amoroso de Dios. No como imposición violenta, ni como arbitrariedad, ni como fatalidad ciega, sino como cumplimiento de la historia de la salvación. Cristo muere “según las Escrituras”. Esta expresión no significa únicamente que algunos textos antiguos encuentren en Él una confirmación exterior. Significa que toda la pedagogía de Dios con su pueblo encuentra en la Pasión su cumplimiento más alto.

A la luz de la cruz se comprenden figuras que atraviesan el Antiguo Testamento: Abel inocente, Isaac ofrecido, el cordero pascual, el Siervo sufriente de Isaías. Todas ellas anuncian, de maneras distintas, una misma verdad: la salvación no vendrá por el poder que domina, sino por la inocencia que se entrega; no por la violencia que se impone, sino por el amor que carga con el pecado del mundo.

La Pasión es, por tanto, un acontecimiento histórico real. En ella intervienen libertades humanas concretas: quienes juzgan, quienes condenan, quienes ejecutan, quienes traicionan, quienes huyen y quienes callan. No estamos ante una apariencia ni ante un símbolo fabricado después. Jesús fue realmente arrestado, juzgado, humillado, flagelado, condenado y crucificado.

Pero su significado último no se agota en esas causas visibles. Si la contemplamos sólo desde fuera, la Pasión aparece como una injusticia, un fracaso, un hecho violento. Y ciertamente es una injusticia. Ciertamente es



violencia contra el Inocente. Pero la fe cristiana afirma que, en medio de esa historia humana herida por el pecado, actúa un misterio más profundo: el amor libre del Hijo que se ofrece al Padre por nosotros.

Así evitamos dos errores. El primero sería reducir la Pasión a un accidente político o religioso, como si Jesús hubiera sido simplemente víctima de circunstancias adversas. El segundo sería imaginarla como un guion fatalista en el que nadie actúa libremente. La verdad cristiana es más honda: la Pasión acontece en la historia, con responsabilidades humanas reales, pero dentro del designio salvador de Dios, asumido libremente por Cristo.

Aquí hay que hablar con delicadeza y claridad. La Pasión nace del amor del Padre y del Hijo. El Padre envía al Hijo; el Hijo acepta y realiza la misión. No hay oposición entre ambos, como si el Padre exigiera fríamente sufrimiento y el Hijo lo padeciera desde fuera. La cruz no es ruptura dentro de Dios. Es revelación del amor trinitario en la historia.

El Padre no entrega al Hijo como quien descarga una violencia. Lo entrega en el sentido más profundo del amor: lo da al mundo para que el mundo sea salvado por Él. Y el Hijo no es arrastrado pasivamente hacia la cruz. Conoce su hora, la anuncia, la acepta y la vive como cumplimiento de su misión.

Por eso Cristo no es una víctima pasiva. Es sujeto activo de su entrega.

En los Evangelios, Jesús no se limita a padecer lo que otros hacen con Él. Él interpreta su muerte. Le da sentido. La asume. La ofrece. Dice que ha venido a dar su vida en rescate por muchos. En la Última Cena toma el pan y el cáliz, y antes de que la violencia humana descargue sobre Él su fuerza, ya ha dado sacramentalmente el sentido de lo que va a suceder: “esto es mi cuerpo entregado”, “esta es mi sangre derramada”.

Ahora aparece una de las claves más profundas de toda la teología de la Pasión: la entrega.

La Pasión no debe entenderse primero como sufrimiento, aunque ciertamente haya sufrimiento. Tampoco sólo como injusticia, aunque la injusticia esté presente. Ni sólo como tragedia, aunque humanamente lo sea. La Pasión debe comprenderse ante todo como acto libre de entrega.

Cristo ofrece su vida. No le es simplemente arrebatada. La violencia humana lo crucifica, pero no puede quitarle el sentido de su muerte. Él



mismo la convierte en ofrenda. La muerte, que en nosotros aparece tantas veces como límite, ruptura y pasividad, en Cristo se convierte en acto: acto de obediencia, acto de amor, acto de confianza, acto de redención.

Por eso la muerte de Cristo es verdadero sacrificio. No en sentido meramente simbólico, ni como gesto religioso exterior, sino como acto supremo de culto al Padre y de amor por los hombres. Cristo es, al mismo tiempo, sacerdote, víctima y oferente. No ofrece algo ajeno a sí mismo. Se ofrece Él mismo.

Con ello cumple y supera todos los sacrificios del Antiguo Testamento. Aquellos sacrificios podían expresar adoración, arrepentimiento, súplica, deseo de reconciliación. Pero no podían transformar desde dentro la condición humana. En Cristo, en cambio, la ofrenda es perfecta porque procede de un amor perfecto. La víctima no es un sustituto exterior; es el Hijo mismo, hecho hombre, que asume nuestra condición para sanarla desde dentro.

Entonces conviene afirmar algo con toda claridad: el sufrimiento, por sí mismo, no salva.

Esta frase es necesaria, porque una mala comprensión de la cruz puede deformar el cristianismo. No es el dolor lo que redime. No es la violencia lo que salva. No es la sangre considerada materialmente lo que reconcilia al hombre con Dios. Lo que da valor redentor a la Pasión es el amor con que Cristo padece, la obediencia con que se entrega, la caridad con que asume sobre sí el pecado del mundo.

No es el dolor lo que redime; es el amor en el dolor.

Esta distinción lo cambia todo. La cruz no glorifica el sufrimiento por el sufrimiento. No convierte el dolor en ideal. No presenta a Dios como amante de la destrucción. La cruz revela que el amor de Dios es capaz de entrar hasta el fondo de nuestra herida y transformarla desde dentro. Allí donde el pecado produce ruptura, Cristo responde con comunión. Allí donde la desobediencia separa, Cristo responde con obediencia filial. Allí donde el desamor hiere la historia, Cristo responde con un amor llevado hasta el extremo.

Por eso la Pasión está directamente relacionada con el pecado. Las Escrituras lo expresan de muchas maneras: Cristo muere por nuestros pecados, carga con nuestras iniquidades, expía la ofensa, repara la desobediencia. Pero esta reparación no debe entenderse como un



mecanismo jurídico frío, ni como una transferencia de castigo en la que Dios castigara al Inocente en lugar de castigar a los culpables.

La redención no es castigo transferido. Es amor ofrecido.

Cristo no repara el pecado porque recibe una violencia arbitraria de parte del Padre, sino porque responde al desamor humano con amor perfecto y a la desobediencia humana con obediencia perfecta. En Él, la humanidad ofrece al Padre lo que por sí misma no podía ofrecer: una respuesta filial, libre, amorosa y total.

San Pablo ilumina este misterio al contraponer la desobediencia de Adán con la obediencia de Cristo. En Adán, la humanidad se cierra sobre sí misma, sospecha de Dios, toma y desobedece. En Cristo, la humanidad vuelve al Padre, confía, se entrega y obedece. Cristo no actúa como individuo aislado. Actúa como Cabeza de la humanidad. Por la Encarnación está unido a nosotros, y por eso lo que Él realiza tiene alcance universal.

Cristo no redime desde fuera. Redime desde dentro de la humanidad.

El Hijo de Dios no salva al hombre como quien arregla desde lejos una realidad ajena. Se hace hombre. Entra en nuestra historia. Asume nuestra carne, nuestra fragilidad, nuestras lágrimas, nuestro cansancio, nuestra muerte. Y, sin haber pecado, carga con el peso del pecado humano.

Cuando la Escritura dice que Cristo carga con nuestros pecados, no significa que Él se vuelva pecador. Significa que asume solidariamente nuestra condición herida. Hace suya nuestra historia para abrir en ella un camino nuevo. En Él, Dios no mira desde lejos el drama del hombre: entra en él, lo habita y lo redime.

Por eso deben descartarse las interpretaciones que presentan al Padre como un juez arbitrario que descarga su ira sobre el Hijo. Esa imagen no corresponde al corazón de la fe cristiana. Reduce la redención a castigo, oscurece la libertad de Cristo e ignora que el centro de la Pasión es el amor.

La Pasión no produce sólo un efecto exterior. No se trata únicamente de que Dios declare perdonado al hombre mientras éste permanece igual por dentro. La redención realiza una transformación real: reconcilia con Dios, perdona los pecados, abre la vida de la gracia y hace posible una nueva creación.



La cruz no es sólo absolución; es renovación.

Al mismo tiempo, la Pasión tiene una dimensión de victoria. Cristo vence el pecado, vence al demonio y vence la muerte. Pero su victoria no se parece a las victorias del mundo. No vence imponiéndose desde fuera, sino entregándose hasta el extremo. No derrota el mal reproduciendo su lógica, sino atravesándolo con un amor que el mal no puede absorber ni destruir.

Aquí se abre una cuestión que toca la existencia de todos. Si la Pasión de Cristo transforma el pecado y la muerte, también transforma el sentido del sufrimiento humano.

El sufrimiento, considerado en sí mismo, es problemático. Nadie debería hablar de él con ligereza. El dolor aparece como límite, ruptura, fragilidad, pérdida, amenaza. Puede oscurecer la inteligencia, endurecer el corazón, llevar al hombre a preguntarse si su vida tiene sentido. Sin la luz de Cristo, el sufrimiento tiende a interpretarse como absurdo.

Pero la Pasión introduce una novedad radical. Cristo no elimina el sufrimiento de la historia, pero entra en él. No lo explica desde lejos; lo asume. No lo bendice como si fuera bueno en sí mismo; lo transforma desde dentro.

Cristo no sólo padece. Da sentido a su padecimiento.

Y ese sentido es amor, obediencia, entrega. Por eso, en Cristo, el sufrimiento deja de ser puro padecer y puede convertirse en acto. Esta afirmación debe entenderse bien: el dolor no se vuelve bueno por sí mismo. La enfermedad, la injusticia, la traición, la pérdida y la muerte siguen siendo males o heridas. Pero cuando el dolor es unido a Cristo, puede participar de su sentido. Puede convertirse en lugar de comunión, de ofrenda, de purificación, de amor.

El cristiano no es sólo beneficiario de la Pasión. Está llamado a participar en ella.

San Pablo habla de completar en la propia carne lo que falta a los padecimientos de Cristo. No falta nada al valor redentor de la Pasión del Señor. Su sacrificio es pleno, suficiente y perfecto. Lo que falta es su acogida, su aplicación, su prolongación en la vida concreta de cada creyente y en la historia de la Iglesia.



Esta participación no es puramente simbólica. Por la unión con Cristo, el sufrimiento del creyente puede integrarse en la entrega del Señor. Esto supone una transformación interior. Sin Cristo, el sufrimiento se vive muchas veces como pura amenaza. Con Cristo, puede ser asumido de una manera nueva: no pasivamente, no con resignación vacía, sino como parte de una relación.

Aquí aparece una de las intuiciones más hondas del cristianismo: el sufrimiento puede convertirse en lugar de encuentro con Dios.

No porque Dios quiera el dolor como tal, sino porque entra en él. Y al entrar, lo habita. Y al habitarlo, lo transforma. La cruz nos dice que ningún lugar humano es tan oscuro que Cristo no pueda descender hasta él. Ninguna herida es tan profunda que Dios no pueda tocarla. Ninguna muerte es tan cerrada que el amor de Cristo no pueda atravesarla.

La transformación alcanza también a la muerte. Sin Cristo, la muerte aparece como final, clausura, separación definitiva. Con Cristo, la muerte se convierte en paso. Cristo no sólo muere; entrega su vida. Y al entregar su vida, transforma la muerte desde dentro. La muerte ya no tiene la última palabra, porque ha sido atravesada por la obediencia amorosa del Hijo y vencida en la Resurrección.

De aquí nace la esperanza cristiana. No como optimismo superficial, ni como consuelo psicológico, ni como negación del dolor. La esperanza nace de un acontecimiento: Cristo ha muerto y ha resucitado. Por eso el cristiano puede vivir la fragilidad sin angustia absoluta, el dolor sin desesperación y la muerte sin nihilismo.

La Pasión no es sólo un acontecimiento que se contempla. Es una forma de vida. Una lógica que se extiende a la existencia: dar en lugar de retener, confiar en lugar de controlarlo todo, amar en lugar de vivir a la defensiva.

Esta lógica sigue siendo escandalosa. El mundo contemporáneo busca eliminar el sufrimiento o anestesiarlo, pero rara vez sabe transformarlo. La cruz, por eso, sigue siendo incomprensible para quien sólo mide la vida por la eficacia, el bienestar o el poder. Pero para el cristiano, la cruz revela que el amor puede ser fecundo incluso cuando no parece triunfar.

La Pasión de Cristo no elimina el sufrimiento, pero le da un sentido nuevo. El dolor, unido a Cristo, puede convertirse en participación, comunión y acto de amor.



Llegados a este punto, surge una pregunta necesaria: si la Pasión de Cristo es el acto redentor definitivo, ¿cómo alcanza a los hombres de todos los tiempos? No basta afirmar que ocurrió. Debe existir un modo en que ese acontecimiento permanezca presente y accesible.

La respuesta de la fe es la Eucaristía como memorial de la Pasión.

Pero aquí hay que precisar qué significa memorial. No se trata de un recuerdo psicológico, ni de una evocación simbólica, ni de una representación exterior de algo ausente. Memorial, en sentido cristiano, significa actualización sacramental de un acontecimiento salvífico.

La Pasión no se repite. El sacrificio de Cristo es único, definitivo e irrepetible. Pero se hace presente sacramentalmente. La Eucaristía no añade una nueva cruz, ni multiplica el sacrificio del Señor. Hace presente el único sacrificio de Cristo bajo forma sacramental.

Por eso la Eucaristía no es otro sacrificio distinto de la cruz. Es la presencia sacramental de la única entrega redentora de Cristo.

En ella, Cristo está presente como quien se ofrece, como quien es ofrecido y como mediador entre Dios y los hombres. Lo que en la cruz ocurre de manera cruenta, en la Eucaristía se hace presente de modo sacramental. Es el mismo Cristo, la misma entrega, el mismo amor, la misma obediencia filial.

La Última Cena ilumina esta unidad. Antes de morir, Cristo interpreta sacramentalmente su muerte: “esto es mi cuerpo que será entregado”, “esta es mi sangre que será derramada”. No espera a que los hechos sean explicados desde fuera. Él mismo revela su sentido: su muerte será entrega, sacrificio, alianza, don.

Aquí conviene recordar algo que ya se insinuaba al hablar de la Eucaristía el Jueves Santo: la Eucaristía no es primariamente una cosa. Es un acto. Es el acto de Cristo que se ofrece al Padre y se da a los hombres.

La Eucaristía no sólo hace presente la Pasión. Introduce al creyente en ella. Quien participa en la Eucaristía no sólo recuerda que Cristo murió por él; entra sacramentalmente en la lógica de esa entrega. Recibir a Cristo implica aprender a vivir desde Cristo. La comunión no es un gesto exterior, sino unión real con el Señor que se ofrece.



De aquí nace una consecuencia profunda: la vida cristiana adquiere forma eucarística y, por eso mismo, forma sacrificial. No en sentido negativo, como si la vida cristiana consistiera en buscar sufrimientos, sino en sentido de entrega amorosa. El cristiano aprende a unir su vida a la ofrenda de Cristo: su trabajo, su cansancio, sus heridas, sus decisiones, sus renunciaciones, su servicio, su amor.

La Eucaristía construye además la Iglesia. No es sólo una acción de la Iglesia; es también aquello que la constituye. Al participar del mismo Cuerpo, los creyentes son incorporados a un solo Cuerpo cuya Cabeza es Cristo. Así, la redención no queda encerrada en el pasado. Permanece viva y operante. Su forma más alta de presencia sacramental es la Eucaristía.

Si en la Pasión Cristo da su vida, en la Eucaristía sigue dándose: no como repetición, sino como presencia permanente de su entrega.

Frente a este trasfondo, la Pasión revela algo absolutamente nuevo: el modo de amar de Dios.

No se trata de un amor condicionado, proporcional o reactivo. No es un amor que responde sólo cuando el hombre merece. No es un amor que se retira ante la traición. Es un amor que se adelanta, que permanece, que no se reserva nada. San Juan lo expresa con una frase de inmensa profundidad: Cristo amó hasta el extremo.

Ese amor es gratuito, porque no depende del mérito humano. Es fiel, porque permanece incluso ante el abandono. Es total, porque no guarda nada para sí.

Y se manifiesta precisamente en la hora del sufrimiento.

Aquí se produce una inversión del esquema humano. El hombre tiende a pensar: si sufro, quizá no soy amado; si Dios permitiera este dolor, tal vez se ha alejado; si la oscuridad llega, quizá todo ha perdido sentido. La Pasión revela algo distinto: Cristo sufre porque ama. En la cruz, el sufrimiento no es negación del amor, sino lugar donde el amor se muestra en su forma más extrema.

Esto no convierte el dolor en bien, pero impide que el dolor tenga la última palabra. En la cruz se revela que Dios no abandona, no se desentiende, no mira desde lejos. Dios entra en la herida humana y la llena con su presencia.



Por eso, aun en la oscuridad, puede subsistir la confianza. Cristo mismo, en su entrega, enseña que el abandono confiado al Padre no es evasión, sino acto supremo de libertad filial. El hombre ya no necesita controlarlo todo. Puede abandonarse, pero no en el vacío: en el amor.

De aquí nace una libertad distinta. No la libertad entendida como autoafirmación absoluta, sino como capacidad de acoger y de entregarse. La cruz revela que la libertad más alta no es la que evita todo vínculo, sino la que puede amar incluso cuando amar cuesta.

Cuando el temor cede, aparece una forma nueva de ternura. Y la ternura cristiana no es sentimentalismo. Es la forma concreta de una existencia que ya no vive a la defensiva. Es una vida abierta, receptiva, capaz de acoger la fragilidad propia y ajena. Quien ha contemplado al Crucificado aprende a mirar de otra manera: ya no ve al otro como amenaza, sino como alguien necesitado de misericordia; ya no ve la propia fragilidad como pura vergüenza, sino como lugar donde la gracia puede actuar.

El encuentro con Cristo en su Pasión y en su presencia eucarística forma en el hombre una nueva manera de ser. El hombre que vive de este don deja de centrarse obsesivamente en sí mismo y comienza a vivir desde lo recibido. Cambia su relación con los demás, con el sufrimiento, con la propia vida y con Dios.

Pero la contemplación de la Pasión no puede detenerse en la cruz como si la cruz fuera el final. El Viernes Santo no se entiende plenamente sin la Resurrección, aunque litúrgicamente hoy permanezcamos ante el Crucificado. Si contemplamos la Pasión únicamente como sufrimiento, corremos el riesgo de no comprenderla. Y si contemplamos la Resurrección como un triunfo aislado, la vaciamos de su contenido más profundo.

Pasión y Resurrección no son dos acontecimientos yuxtapuestos. Forman un único Misterio Pascual: el amor del Hijo que atraviesa la muerte y se manifiesta como vida indestructible.

La cruz no es un fracaso que luego la Resurrección corrige desde fuera. La cruz es ya, en su hondura más íntima, el lugar donde comienza la victoria. Como sugiere el Evangelio según san Juan, en el momento en que Cristo es elevado en la cruz, es también glorificado. La glorificación no aparece simplemente después, sino que comienza en el acto mismo de la entrega.



La Pasión es amor llevado hasta el extremo. La Resurrección es la manifestación plena de ese amor como vida que no puede ser retenida por la muerte. No son dos movimientos separados, sino uno solo: el amor que se entrega totalmente y, precisamente por eso, no queda encerrado en el sepulcro.

La muerte de Cristo no es simplemente padecida. Es asumida, ofrecida y transformada desde dentro. Aquí radica el núcleo del cristianismo: no se trata de evitar toda forma de sufrimiento, sino de introducir en él una forma nueva de ser, el amor filial que se entrega al Padre.

Desde una perspectiva meramente humana, la cruz es escándalo. Desde la perspectiva de Dios, es fecundidad.

En Cristo sucede algo nuevo: el sufrimiento ya no es absurdo, la muerte ya no es definitiva y la entrega no es pérdida. En Cristo, todo acto verdadero de amor contiene ya un germen de Resurrección.

Por eso la Resurrección no es un final feliz añadido a una tragedia. Es la revelación de lo que ya estaba contenido en la cruz: que el amor es más fuerte que la muerte.

Esta unidad no es sólo teológica; es existencial. El cristiano no vive primero la cruz y luego, en otro momento separado, la Resurrección. Vive ambas realidades en la medida en que ama unido a Cristo. Cada acto de entrega, de perdón, de fidelidad en medio de la prueba, participa de la Pasión y contiene ya la semilla de la Resurrección.

Aquí se comprende en profundidad lo que afirma san Pablo: “Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con Él”. No es sólo una promesa lejana. Es una realidad que comienza ahora, en la vida de la gracia.

Al contemplar la Pasión y la Resurrección como un solo misterio, la pregunta ya no es únicamente qué ocurrió, sino cómo entro yo en ese acto. Porque Cristo no sólo ha revelado una verdad: ha abierto un camino. Un camino en el que cada persona, en su tiempo y en sus circunstancias concretas, está llamada a responder.

No se trata necesariamente de gestos extraordinarios. Se trata de lo más profundo y cotidiano: amar cuando cuesta, permanecer cuando sería más fácil huir, perdonar cuando la herida pesa, confiar cuando no se ve, entregarse cuando no hay garantías.



Ahí, precisamente ahí, comienza a acontecer la Pascua en la vida de cada hombre.

La Pasión y la Resurrección de Jesucristo constituyen un único acto de amor personal llevado hasta su plenitud. En la cruz, Cristo no sólo padece: se entrega libremente al Padre por los hombres. Y en esa entrega total la muerte queda ya interiormente vencida. La Resurrección no es, por tanto, un añadido exterior, sino la manifestación plena de lo que la cruz contiene en germen: un amor que, por ser absoluto, no puede ser retenido por la muerte.

Así, el Misterio Pascual revela la lógica más profunda de lo real: el amor que se dona sin reserva es ya vida que no muere.

Desde esta unidad, la cruz aparece como gloria en estado oculto, y la Resurrección como gloria en estado manifiesto. No hay ruptura, sino continuidad. Es el mismo acto —la autoentrega filial de Cristo— que, atravesando la muerte, se revela como vida definitiva.

Por eso el cristianismo no se comprende desde la oposición entre sufrimiento y triunfo, sino desde su integración en un nivel más alto. La Pasión es el amor en acto de donación total; la Resurrección es ese mismo amor en plenitud vivificante. Ambas son inseparables porque proceden de un mismo núcleo: la libertad amorosa del Hijo en relación con el Padre.

De este modo, la Pascua no sólo ilumina quién es Cristo; también revela qué significa existir. La vida humana alcanza su verdad no en la conservación de sí, sino en el don. Contemplar la Pasión y la Resurrección como un solo misterio es comprender que la victoria de Cristo no sucede después del amor, sino en el amor mismo.

Y por eso, allí donde el hombre ama de verdad —aunque pase por la cruz—, la Resurrección ya ha comenzado.

Amigas y amigos:

La contemplación de Cristo crucificado no puede dejarnos indiferentes. Ante Él, cada uno está llamado a preguntarse, en lo más íntimo de su ser: ¿de qué manera concreta estoy llamado a amar hoy con ese mismo amor que pasa por la cruz y desemboca en la vida?



Porque sólo cuando esa pregunta se vuelve respuesta, la Pasión y la Resurrección dejan de ser un acontecimiento del pasado y se convierten en vida presente.

3 de abril 2026
Viernes Santo

